

**Nombre y apellido:** Alberto Pellegrini

**Dirección de trabajo:** Centre d'Estudis Històrics Internacionals – Universitat de Barcelona

**Sexta sesión: Cultura y opinión**

### **Ismael Herráiz: el desencanto de un corresponsal franquista**

La importancia de la prensa como principal canal propagandístico de los estados totalitarios es un hecho ampliamente comprobado: siguiendo el ejemplo de la Italia fascista, todas las demás dictaduras que se instauraron en Europa a lo largo del período de entreguerras se preocuparon de garantizarse inmediatamente el control de este fundamental medio de comunicación. El franquismo no se sustrajo a esta tendencia general y, ya desde sus primeros momentos de vida, se esforzó para subordinar los periódicos a los intereses de la autoridad estatal: transformada en un instrumento dócil y sumiso gracias a la ley de 1938, la prensa se convirtió así en el rígido y monolítico órgano de transmisión de la voluntad de la nueva clase dirigente.<sup>1</sup>

Uno de los terrenos en los que este férreo control gubernamental se expresó con mayor dureza fue el de la política exterior. La excepcional importancia de los acontecimientos internacionales a lo largo de los primeros años del franquismo (que bien se reflejaba en el amplio espacio que todos los diarios – a pesar de las dificultades técnicas – dedicaban a la actualidad extranjera y en particular a la Segunda Guerra Mundial), implicaba que el Estado español prestara siempre una especial atención a este ámbito periodístico, utilizando sobre todo los servicios de la semioficial y todopoderosa agencia EFE y vigilando estrictamente las crónicas de los corresponsales (muchos de los cuales dependientes de la misma EFE). Estos corresponsales, presentes en varios países europeos y americanos, representaron a menudo una fuente de información de extraordinaria importancia: a pesar de su sumisión a una doble

---

<sup>1</sup> Sobre la prensa franquista, véanse entre otros: SINOVA, J.: La censura de prensa durante el franquismo, Madrid, Espasa-Calpe, 1989; SEVILLANO CALERO, F.: Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

actuación censoria (la del país donde residían y la española),<sup>2</sup> sus crónicas ofrecían un fundamental y directo – y a menudo único – punto de vista sobre la política, la guerra y la vida cotidiana en el extranjero. La importancia de estas crónicas, además, se debía también a la excepcional calidad de muchos de sus autores, entre los cuales se contaban algunas de las firmas más prestigiosas del primer franquismo, como las de Carles Sentís, Santiago Nadal y Francisco Lucientes, entre otros.

En este grupo, una de las figuras más destacadas fue sin lugar a dudas la de Ismael Herráiz Crespo, un joven cronista madrileño (había nacido en 1913) quien, en los años Cuarenta, se convirtió en uno de los autores de mayor éxito en la España franquista.<sup>3</sup> Antiguo alumno de la escuela de periodismo de *El Debate*, y oficial en el bando sublevado durante la Guerra Civil, Herráiz empezó su etapa como enviado especial en el Berlín de 1940, desde donde enviaba sus crónicas al falangista *Arriba*. En la capital alemana pudo así presenciar la etapa más fulgurante del Tercer Reich – cuando los ejércitos nazis destrozaron a los aliados en la Batalla de Francia, adueñándose de toda Europa Occidental – y además ser testigo de las decisivas negociaciones (entre Hitler, su ministro de Exteriores Ribbentrop y el español Serrano Súñer) que acabaron determinando la fallida intervención franquista en el conflicto. Herráiz demostró ya en sus primeros artículos algunas características que le acompañaron a lo largo de toda su carrera periodística: su pluma ágil, su estilo directo y su profundidad de análisis se combinaban con un fanatismo exaltado, un falangismo sin reparos y un profundísimo odio hacia todos aquellos que, en su opinión, se oponían al triunfo del totalitarismo en Europa.<sup>4</sup> De todas maneras, el momento decisivo para su carrera fue sin lugar a dudas su estancia en Roma, ciudad en la que se mudó en la primavera de 1942: desde la privilegiada posición de corresponsal en la capital fascista, Herráiz pudo testimoniar personalmente el declive y el derrumbamiento de la construcción mussoliniana, ofreciendo a sus lectores aquella visión de los dramáticos acontecimientos italianos que luego narrará en el célebre *Italia fuera de combate*, libro que se convirtió en un verdadero best seller en la España de 1944.<sup>5</sup>

Sin embargo, no es posible entender *Italia fuera de combate* si se aísla de las anteriores crónicas de Herráiz (publicadas en *Arriba* y *Solidaridad Nacional* y, a partir de 1943, también

---

<sup>2</sup> ALTABELLA, J.: Corresponsales de guerra. Su historia y su actuación, Madrid, Editorial Febo, 1945.

<sup>3</sup> Para las informaciones biográficas sobre Herráiz, véase LÓPEZ DE ZUAZO ALGAR, A.: Catálogo de periodistas españoles del siglo XX, Madrid, 1981.

<sup>4</sup> Como recordado en GARRIGA, R.: La España de Franco – I – Las relaciones secretas con Hitler, Madrid, G. del Toro, 1976, donde se narran su furioso odio antifrancés y su airada reacción frente al fracaso de las gestiones para que España entrara en la guerra.

<sup>5</sup> HERRÁIZ, I.: Italia fuera de combate, Madrid, Atlas, 1944.

en *La Vanguardia Española*, bajo el pseudónimo de Carlos Crespo), porque son precisamente estos artículos los que nos enseñan la evolución del juicio político del periodista sobre el fascismo italiano, antaño principal referente del falangismo más radical y verdadero modelo, en general, para todo el Estado franquista.<sup>6</sup> Llegado a Roma en el último momento de gloria del fascismo (mientras el Eje avanzaba en Egipto y en Rusia), Herráiz reflejará así en sus correspondencias todo su desencanto por la caída del sistema mussoliniano – llegando paulatinamente a aquella visión radicalmente condenatoria del pueblo italiano que dominará las páginas de su sucesivo y exitoso libro.

Así, si las primeras crónicas de Herráiz todavía resuenan del entusiasmo por los anteriores triunfos totalitarios y parecen no mostrar dudas sobre las posibilidades de éxito de los fascistas,<sup>7</sup> celebrando con optimismo el vigésimo aniversario del régimen en el octubre de 1942,<sup>8</sup> la catastrófica derrota italiana en El Alamein (seguida pocos días después por el desembarco aliado en el África septentrional) ya empieza a despertar las primeras perplejidades en el corresponsal, que no puede no mencionar el deterioro de la situación militar.<sup>9</sup> Un deterioro, por otra parte, que no concierne solamente las posiciones de los ejércitos fascistas, sino – sobre todo – que afecta al mismo Estado mussoliniano, a su sistema político y su relación con la población: se trata de una verdadera crisis de confianza que Herráiz – único entre los periodistas españoles – capta en su profundidad, y no amaga a sus lectores, como cuando menciona la “polémica sobre los motivos de la lucha [...] en lo más profundo de la sociedad italiana”, utilizando unas palabras absolutamente inusuales en el rígido panorama de la prensa franquista.<sup>10</sup>

El progresivo agravarse de la situación militar – en enero de 1943 los británicos conquistan toda Libia y el ataque soviético en el Don destroza el cuerpo expedicionario fascista en Rusia – y las evidentes señales de descomposición de un régimen que tantas simpatías había despertado en los corazones franquistas, acrecen cada día más el desencanto del corresponsal madrileño. Sus crónicas, así, se empiezan a llenar de cáustica ironía sobre “los movimientos preestablecidos” y “las fases elásticas en la defensa” de los derrotados soldados

---

<sup>6</sup> Algunas de las crónicas publicadas en *Arriba* han sido también objeto de estudio en un artículo publicado en la revista *Aportes*: DE DIEGO GONZÁLEZ, A.: «Ismael Herráiz, cronista del fin del fascismo», en *Aportes*, n. 63 (2007), pp. 45-57.

<sup>7</sup> Véase por ejemplo HERRÁIZ, I.: «La concepción imperial fascista del mar Rojo al Atlántico», en *Arriba*, 26-8-1942, p.6.

<sup>8</sup> HERRÁIZ, I.: «En la gran hora de Italia», en *Solidaridad Nacional* (a partir de ahora, SN), 28-10-1942, p.1.

<sup>9</sup> HERRÁIZ, I.: «Heroísmo de las tropas del Eje ante la avalancha enemiga en África», en *Arriba*, 6-11-1942, p.6.

<sup>10</sup> HERRÁIZ, I.: «“Italia no fue nunca un pueblo feliz”», en *Arriba*, 4-12-1942, p.3.

mussolinianos,<sup>11</sup> y lanzan preguntas muy incómodas sobre la estrategia y la efectiva capacidad militar italiana.<sup>12</sup> Cuando luego Mussolini regresa a la escena política después de su enfermedad, operando un radical “cambio de la guardia” al interno del régimen en febrero, Herráiz se aleja bastante de las interpretaciones tranquilizadoras de los demás cronistas: especula sobre la rivalidad entre Ejército y Partido en el caso de la sustitución del mariscal Cavallero,<sup>13</sup> y deja entender (cuando se produce el alejamiento de Ciano, en el marco de una radical reorganización ministerial) que solamente la censura italiana le impide ser más explícito en sus comentarios.<sup>14</sup>

Si luego, por algunas semanas, la momentánea estabilización de la situación militar silencia por un momento sus amargados comentarios, que son sustituidos por artículos más confiados y optimistas, la llegada de la primavera (con el ataque final aliado a las posiciones fascistas en Túnez) despierta nuevamente su feroz sarcasmo. Éste empieza a dirigirse cada vez más contra el mismo pueblo italiano, indigno – en la visión de un falangista puro y exaltado como Herráiz – de los esfuerzos de su Duce: así, la proliferación del “mercado negro” se imputa tanto a las “fallas del sistema” como, y sobre todo, a la falta de sentido de responsabilidad de una población entre la cual alberga una “masa incalculable de rebeldes”.<sup>15</sup> Y mientras otros diarios, en concomitancia con la derrota final en África, todavía intentan resaltar la fuerza moral italiana en previsión de un inminente ataque aliado, Herráiz en cambio lanza evasivas alusiones a los rumores de complots antifascistas que se estaban difundiendo por aquel entonces en la península, y aprovecha por atacar a la vieja elite liberal (“ancianos y respetables momias”) que se sospecha esté detrás de estos complots.<sup>16</sup> Las crónicas de Herráiz, que a partir de finales de la primavera – como dicho – también aparecen en *La Vanguardia Española*, empiezan así a desligarse totalmente del cuadro forzosamente optimista que intentan trazar los demás diarios españoles. Un ejemplo evidéntísimo – que demuestra la creciente desorientación de una prensa franquista que no sabe cómo juzgar el

---

<sup>11</sup> HERRÁIZ, I.: «Las operaciones en África», en Arriba, 23-1-1943, p.3.

<sup>12</sup> HERRÁIZ, I.: «Inglaterra recoge el fruto de la actitud francesa del 8 de noviembre», en Arriba, 24-1-1943, p.3. El artículo, originariamente, tenía que titularse “Inglaterra recoge el fruto de la traición francesa del 8 de noviembre”: el cambio de palabras se debe a la intervención del censor. Véase Arriba, Galerada 45 del 24-1-1943, en Archivo General de la Administración (a partir de ahora, AGA), (03) 049.001 21/78.

<sup>13</sup> HERRÁIZ, I.: «La sustitución del general Cavallero no es sino un “cambio de la guardia”», en Arriba, 2-2-1943, p.3.

<sup>14</sup> HERRÁIZ, I.: «La crisis gubernamental italiana», en Arriba, 7-2-1943, p.3. Cabe decir que Herráiz es el único periodista que emplea la palabra “crisis” al referirse a la sustitución de Ciano.

<sup>15</sup> HERRÁIZ, I.: «El gobierno fascista adopta radicales medidas contra el “mercado negro”», en Arriba, 3-4-1943, p.3.

<sup>16</sup> HERRÁIZ, I.: «No hay repliegue posible», en SN, 21-5-1943, p.6.

catastrófico desarrollo de la guerra para Italia – es constituido por los artículos dedicados al ataque aliado a las pequeñas islas sicilianas de Pantelaria y Lampedusa: mientras sus colegas alaban la fortaleza de las dos guarniciones, Herráiz se muestra muy dubitativo sobre su efectiva capacidad de resistencia (preguntándose, además, qué hace la Armada fascista y por qué no se opone al poderío naval anglosajón).<sup>17</sup> Incluso la conmemoración de la entrada en guerra del país fascista, que habitualmente daba lugar a exaltados comentarios sobre la gloria y la eficacia del imperio mussoliniano, constituye en cambio una ocasión para trazar un cuadro no propiamente halagüeño de los tres años de lucha y del pesado ambiente de silencio que ahora se respira en Roma:

A los tres años de cruenta lucha, de amplia batalla transida de sacrificios y vicisitudes, resulta casi patético observar este esfuerzo doctrinal del Fascismo por justificar y hacer válidas ante la conciencia entera de la nación las razones que exigieron la guerra. A nosotros personalmente este lenguaje reafirmatorio de principios nos impresiona de manera especial porque unimos en nuestro recuerdo el hosco silencio que palpamos hoy con el gigantesco vocerío que hace tres años nos llegaba hasta Berlín.<sup>18</sup>

Las comparaciones entre el clima de 1940 y el de 1943 no son sino otra demostración de la persistente *vis polemica* de Herráiz, quien sigue poniendo preguntas embarazosas sobre la desastrosa organización militar italiana cuando se rinden los islotes sicilianos (“No ha sido, pues, sin sorpresa cómo se ha sabido que el abastecimiento vitalísimo del agua no estaba asegurado de manera más efectiva y constante”),<sup>19</sup> y que admite sin reparos los problemas que amenazan a un Partido Fascista que “clama una terapéutica urgente”.<sup>20</sup>

En un pesado clima de espera, con todas las miradas puestas sobre una inminente invasión aliada del territorio italiano, la constatación de la descomposición del sistema emerge día tras día en las crónicas de un Herráiz siempre más amargado, y dispuesto a lanzarse al ataque indiscriminado de quienes están demostrando no merecerse el fascismo. Así, no es de extrañar que la actitud despreocupada de los intelectuales italianos sea blanco del sarcasmo del periodista (“no parecen muy dispuestos a comprometerse con el alma y la vida, con el pensamiento y la pluma, en la gravedad acuciante de esta hora”),<sup>21</sup> ni que se admita la casi total inutilidad de los esfuerzos revitalizadores del nuevo secretario Scorza:

---

<sup>17</sup> CRESPO, C.: «Bajo sibilinos augures», en La Vanguardia Española (a partir de ahora, LVE), 6-6-1943, p.5; CRESPO, C.: «Guarniciones heroicas y eficaces», en LVE, 9-6-1943, p.5.

<sup>18</sup> CRESPO, C.: «Ineludibles razones históricas», en LVE, 11-6-1943, p.8.

<sup>19</sup> CRESPO, C.: «Pantelaria, fase calculada de la “defensa elástica”», en LVE, 13-6-1943, p.3.

<sup>20</sup> HERRÁIZ, I.: «Enérgica actitud del Partido Fascista en el mantenimiento del espíritu revolucionario», en Arriba, 17-6-1943, p.3.

<sup>21</sup> CRESPO, C.: «Los intelectuales ante la guerra», en LVE, 25-6-1943, p.4.

Se podrá pensar lo que se quiera sobre la efectividad práctica, sobre el eco que la conciencia popular preste al resucitado estilo y aun sobre su capacidad de galvanización auténtica de las voluntades en este minuto angustioso de la historia: pero la realidad es que lo que no consiga la política de Carlos Scorza, intérprete fiel de la decisión mussoliniana, no podrá venir ya de ninguna parte.<sup>22</sup>

De estas palabras emerge así toda la desilusión y la amargura del más filo-fascista (y más agudo) de los cronistas españoles presentes en Roma. Ya no se trata de seguir mostrando una – aún presente e inmutada – adhesión a la política y a los principios mussolinianos; ahora todo el entusiasmo, todas las esperanzas han dejado el paso a la constatación de que el fascismo está al punto de derrumbarse, y a pesar de las reiteradas y cada vez más vacías profesiones de fe, tampoco las medidas de Scorza podrán servir para invertir una situación que parece ser comprometida, tanto desde el punto de vista militar (ya se presagia la posibilidad que el Eje renuncie a defender las playas sicilianas)<sup>23</sup> como – y es lo más importante – desde el punto de vista interior. En efecto, a pesar de que en algunos diarios (pero no, significativamente, en los informes que los diplomáticos españoles enviaban por aquel entonces a Madrid) se siga loando la solidez moral de la población,<sup>24</sup> Herráiz pinta como siempre un cuadro mucho más fosco de la realidad italiana. Demuestra estar al tanto de los crecientes rumores de complots que implicarían incluso al conocido filósofo Croce (blanco del desprecio del cronista: “ágoras filosóficas que vivaquean cómodamente de cara al golfo de Nápoles”<sup>25</sup>), y habla significativamente, en vísperas de la invasión, de una “última consigna” que el régimen lanzaría a sus ciudadanos (dando casi por sentada, así, la próxima desaparición de un fascismo que solo la Historia podrá rescatar).<sup>26</sup>

Cuando el desembarco aliado en Sicilia interrumpe por fin la pesada atmósfera de espera, queda de inmediato claro el dramático fracaso de las defensas fascistas: a pesar de que en principio la prensa intentó mantener cierta cautela al comentar la batalla siciliana, ya pocas horas después del ataque Herráiz se muestra mucho menos tranquilo que sus colegas respecto a las perspectivas del combate.<sup>27</sup> La rápida penetración anglosajona, de todas maneras, deja pronto en evidencia a las primeras optimistas previsiones, favoreciendo la aparición de

---

<sup>22</sup> HERRÁIZ, I.: «El actual ministro secretario del Partido fascista, intérprete fiel de la decisión mussoliniana», en *Arriba*, 26-6-1943, p.3.

<sup>23</sup> CRESPO, C.: «Vísperas de grandes acontecimientos», en *LVE*, 1-7-1943, p.3.

<sup>24</sup> Como por ejemplo en «Italia aguarda estoica la acometida», en *Diario de Barcelona*, 3-7-1943, p.8.

<sup>25</sup> CRESPO, C.: «El Fascismo enaltece la memoria de Cadorna», en *LVE*, 2-7-1943, p.3.

<sup>26</sup> HERRÁIZ, I.: «La última consigna», en *SN*, 8-7-1943, p.1. Hay que decir que no es precisamente una gran muestra de optimismo hablar de una “última” consigna.

<sup>27</sup> HERRÁIZ, I.: «Reacción rápida y feroz», en *SN*, 11-7-1943, p.6.

comentarios siempre más amargados: el 15 de julio, el cronista admite abiertamente la existencia de un abismo entre la realidad en el campo de batalla y las confiadas informaciones proporcionadas por los funcionarios italianos,<sup>28</sup> y tres días después deja claramente entender que todas las residuales resistencias en la isla se deben, básicamente, al esfuerzo de las divisiones alemanas (dando así a entender la contribución más bien escasa de los soldados fascistas).<sup>29</sup> No es de extrañar, entonces, que al producirse el primer bombardeo americano sobre Roma, Herráiz centre sus crónicas en los terribles efectos del ataque aéreo, llenándolas de feroces acusaciones a los aviadores aliados y de detalles patéticos sobre los sufrimientos de la población.<sup>30</sup> tarea mucho más fácil, evidentemente, que describir la caída de Palermo en manos de las tropas del general Patton o la futilidad del coloquio entre Hitler y Mussolini en Feltre.

De todas maneras, no cabe duda de que la caída del régimen italiano – a raíz de la votación del Gran Consejo y de la detención de Mussolini por orden del rey Víctor Manuel – coge totalmente desprevenidos a los corresponsales (y a los mismos políticos franquistas)<sup>31</sup>: a pesar de los continuos rumores que circulaban en Roma, a pesar de la evidente descomposición del sistema político y a pesar de las amargas sensaciones de inminente catástrofe, la deposición del Duce y la llegada de Badoglio representan un golpe durísimo e inesperado para quienes todavía ensalzaban al fundador del fascismo. Afortunadamente para la prensa, la rígida censura impuesta por el nuevo Gobierno logra frenar por algunos días las publicaciones de las habituales crónicas romanas en los diarios franquistas: y cuando éstas vuelven a aparecer, se tienen que atener a una sustancial prudencia en los comentarios. Una prudencia, sin embargo, que en la mayoría de los casos es dictada únicamente por razones de oportunidad política, y que a menudo deja ver entre líneas la incomodidad de los periodistas frente a la caída de quien había sido, como dicho, todo un referente político. Esta actitud emerge claramente en la primera crónica que Herráiz envía al falangista *Arriba*, el último día de julio: a pesar de toda su cautela, y de querer limitarse al relato de los acontecimientos del día 25, el cronista no puede no dejar caer, al final del artículo, algunas malévolas alusiones a la reaparición de los

---

<sup>28</sup> HERRÁIZ, I.: «“La batalla de Sicilia se hace cada vez más dura”, escribe Virginio Gayda», en *Arriba*, 15-7-1943, p.3.

<sup>29</sup> CRESPO, C.: «El refuerzo germánico en Sicilia», en *LVE*, 18-7-1943, p.9.

<sup>30</sup> CRESPO, C.: «Diluvio de fuego sobre la Ciudad Eterna», en *LVE*, 21-7-1943, p.4; CRESPO, C.: «La augusta figura del Pontífice entre ruinas, sangre y lágrimas», en *LVE*, 22-7-1943, p.4; CRESPO, C.: «Clamor de protesta en el mundo entero», en *LVE*, 24-7-1943, p.2. Herráiz, además, fue testigo directo de la visita del Papa Pío XII a las ruinas de San Lorenzo, como narrado en la crónica del 22 de julio.

<sup>31</sup> CASALI, L.: *Sobrevivire. La dictadura franquista l'any 1943*, Barcelona, Fundació Carles Pi i Sunyer d'Estudis Autònoms i Locals, 2007.

detestados representantes del liberalismo constitucionalista (“Han reaparecido los viejos ropajes constitucionalistas, y de esta inesperada y fantasmal resurrección se han extraído las máximas consecuencias políticas”).<sup>32</sup> Precisamente estos liberales representan el blanco preferido de Herráiz a lo largo de los 45 días del Gobierno Badoglio: en la práctica imposibilidad de atacar directamente al rey y a su nuevo primer ministro (por las citadas razones de conveniencia política, y por la suspensión de 15 días que le conminó el Ministerio de Cultura Popular)<sup>33</sup>, el periodista no le ahorra sarcasmos y feroces críticas, citando así su “hermosa y ditirámica terminología” que “tanto nos emociona”,<sup>34</sup> arremetiendo con extrema dureza contra Croce (esta vez, por una carta del filósofo en la que se censura la actitud de Franco),<sup>35</sup> y dedicándose a desmitificar la teoría que veía en el cambio gubernamental italiano la única opción que quedaba al país para salir sin demasiados daños de la guerra mundial:

Es verdad que entre el 19 de julio y el 13 de agosto está esa luminosa fecha de la libertad coronada ante el Palacio de Venecia en la noche del 25 de julio. Y, sin embargo, nada más parecido a aquella terrible mañana de un lunes, como esta luminosa mañana de viernes, abrumada bajo las explosiones incesantes de millares de bombas [...]

Hoy han terminado – o deben terminar – todas las ilusiones. Que para este viaje hubiera sido o no necesario cambiar de alforjas es tema que no nos interesa lo más mínimo.<sup>36</sup>

En este verdadero alud de continuos reproches, aparece claro que cualquier acción del Gobierno Badoglio es objeto de las feroces censuras de un cada vez más combativo Herráiz: la transformación del Palacio de Venecia en un museo es comentada con evidente desdén,<sup>37</sup> la decisión de convertir Roma en una “ciudad abierta” para ahorrarle los bombardeos es vista como inútil,<sup>38</sup> y la visita a las fábricas del nuevo ministro de Economía, acompañado por los conocidos sindicalistas Buozzi y Roveda, propicia la aparición de durísimos comentarios en los que se relacionan (otra vez) los renacidos liberales con el marxismo que acecharía en las regiones septentrionales de Italia.<sup>39</sup>

Las iniciales prudencias a la hora de enjuiciar al nuevo Gobierno dejan así, paulatinamente, el paso a una actitud extremadamente crítica del corresponsal: la Italia de Badoglio es definida

---

<sup>32</sup> HERRÁIZ, I.: «Relato escueto y telegráfico de las últimas veinticuatro horas de régimen fascista», en Arriba, 31-7-1943, p.1.

<sup>33</sup> Tal como relata el mismo periodista: HERRÁIZ, I.: Italia fuera de combate, op. cit., p.247.

<sup>34</sup> CRESPO, C.: «La prensa enjuicia el bombardeo de Nápoles», en LVE, 8-8-1943, p.3.

<sup>35</sup> CRESPO, C.: «Digresiones de Benedetto Croce», en LVE, 13-8-1943, p.3.

<sup>36</sup> HERRÁIZ, I.: «El enemigo no ha cambiado su actitud sobre Italia y con el bombardeo de Roma terminan todas las ilusiones», en Arriba, 15-8-1943, p.3.

<sup>37</sup> CRESPO, C.: «El Palacio de Venecia será un verdadero Museo», en LVE, 15-8-1943, p.3.

<sup>38</sup> CRESPO, C.: «No será “abierta” la capital de Italia, sino la de la cristiandad», en LVE, 18-8-1943, p.3.

<sup>39</sup> CRESPO, C.: «Libertad para todos, menos para los comunistas», en LVE, 22-8-1943, p.3; HERRÁIZ, I.: «Italia hace rotunda declaración anticomunista», en Arriba, 24-8-1943, p.3.

“cometa errante en el firmamento bélico, barco a la deriva en el mar de la política” y destinada a un “viaje fatal, sin meta y sin rumbo”,<sup>40</sup> que puede acarrear incluso la temida bolchevización del país. El incansable polemista no puede, en efecto, desperdiciar la ocasión que le ofrece una manifestación pacifista en el corazón de Roma, que parece de hecho confirmarle todas sus teorías acerca de la connivencia entre liberales y comunistas:

El revuelto montón en que aparecen desde respetables y decimonónicos representantes del liberalismo, hasta furibundos partidarios de la Tercera Internacional, ha sido presentado al público. El panorama, pues, comienza a tomar nombres y precisiones.<sup>41</sup>

Al mismo tiempo, Herráiz comienza también a dar rienda suelta a su creciente animadversión hacia la población italiana: ésta, en su visión, no solamente ha sido culpable de no merecerse el esfuerzo civilizador del fascismo, sino que no parece ni preocuparse de la invasión del suelo patrio: mientras las tropas británicas dan inicio a la invasión del continente, poniendo pie en Calabria, el periodista condena así el burgués “mundillo” romano:

A pesar de su silencio hosco, la gente piensa que el enemigo no quiere bombardear Roma, y la juventud masculina y femenina de la Vía Véneto – tan fielmente ironizada por Ercole Patti – se dedica al vagabundeo, al bar y a la cancioncilla, sin más preocupaciones. En tanto, los calabreses, a unos centenares de kilómetros más al Sur, aguantan el aluvión gigantesco del asalto. Y el mundillo de la Vía Véneto, con sus bares de una cursilería irreparable y su intrascendente fauna desarraigada de todas las angustias, rueda.<sup>42</sup>

A pocas horas del anuncio del armisticio, estas duras palabras – absolutamente imprevisibles pocos meses antes – representan la mejor señal de cómo las cosas hayan cambiado en la perspectiva de uno de los observadores franquistas más inteligentes y agudos: después de la caída del fascismo, y aun cuando la prudencia aconseje una mayor moderación en los comentarios internacionales, ya ninguna simpatía se puede albergar hacia la que se solía definir como “nación hermana”.

Los trágicos acontecimientos de los días y semanas siguientes, con el armisticio italiano, la reaparición del fascismo en su nueva versión republicana y la práctica división del país en dos zonas sometidas al control alemán o aliado, marcan otro consistente punto de inflexión en la evolución de las crónicas de Ismael Herráiz. A pesar de que, como todos sus colegas, no pueda enviar artículos a los diarios españoles hasta bien entrado el mes de octubre (cuando la situación político-militar pareció por fin estabilizarse), el periodista madrileño, al reanudar su colaboración con *Arriba* y *La Vanguardia*, puede por fin desahogar su rabia contra aquel

---

<sup>40</sup> CRESPO, C.: «La actitud de Italia ante la conferencia de Québec», en LVE, 27-8-1943, p.4.

<sup>41</sup> CRESPO, C.: «Anuncio fanfarrón...», en LVE, 2-9-1943, p.2.

<sup>42</sup> CRESPO, C.: «Los anglosajones siguen sin contestar la propuesta del gobierno», en LVE, 8-9-1943, p.4.

general Badoglio que antes no se había atrevido a atacar demasiado abiertamente, y expresar toda su nostalgia para los antiguos tiempos gloriosos del fascismo. Así, el 6 de octubre Herráiz censura en su artículo la actitud del gobierno de Badoglio en los cuarenta y cinco días de su Gobierno y – aunque de momento sin excesivas arremetidas y con más prudencia de lo habitual – la califica abiertamente de “traición”, lamentando en las líneas finales de su crónica el triste destino de Italia.<sup>43</sup> El anciano general, sin embargo, no es la única víctima de la pluma del mordaz cronista, ya que – en la visión de un falangista convencido como Herráiz – también el rey Víctor Manuel es considerado un traidor de la patria. No es de extrañar entonces que en la crónica del 12 de octubre no ahorre ninguna ironía al monarca italiano, refiriendo tanto su apodo de “Sciaboletta” (sablecito) como su conocida tacañería, comentando los estrechos lazos que le unían al fascismo y ensalzando al mismo tiempo las supuestas tradiciones republicanas de Italia.<sup>44</sup> Aún más significativo, para entender toda su rabia hacia los responsables del derrumbamiento fascista, es otro artículo que Herráiz escribe el día siguiente para *Arriba*, en el que la virulencia de las acusaciones llega a cuotas tan extremas que la censura madrileña se ve forzada a tachar por completo la crónica del furibundo periodista:

Los treinta días que unen aquel 8 de septiembre con este 8 de octubre han puesto al descubierto [...] la bajeza moral y cobardía física de los dos autores de la gran traición. [...]  
La realidad de los hechos hace recaer sobre los dos principales culpables – por egoísmo dinástico y conveniencia personal, respectivamente – la gran responsabilidad de la traición y la fuga subsiguiente. [...]  
Y esta es la gran tarea que se ha echado sobre sus hombros el nuevo gobierno fascista republicano: devolver el honor al pueblo italiano. Borrar del frontispicio de Italia esa terrible palabra que hoy aparece grabada a fuego como estigma incancelable. [...]  
“Sólo la sangre – ha dicho Mussolini – puede borrar una página tan oprobiosa de la historia de la Patria”. Pero la sangre – podemos añadir nosotros [...] vertida en cantidades torrenciales. Y aún así nos parece poco.<sup>45</sup>

Y si los censores de la capital – posiblemente bajo la presión más directa de un ministro Jordana que por aquel entonces intentaba prudentemente reconfigurar el posicionamiento exterior español<sup>46</sup> – no se atreven a dejar publicar este violentísimo ataque al Gobierno italiano monárquico (que el Estado franquista, además, seguía reconociendo legalmente), sus colegas barceloneses en cambio sí que dejan pasar – pocos días después – otro artículo de Herráiz en el cual el corresponsal sigue arremetiendo contra los “traidores” italianos:

---

<sup>43</sup> CRESPO, C.: «Italia, expresión geográfica solamente», en LVE, 6-10-1943, p.4.

<sup>44</sup> CRESPO, C.: «Caso único en la historia», en LVE, 12-10-1943, p.6.

<sup>45</sup> Arriba, Galerada n. 6, 13-10-1943, en AGA, (03) 049.001 21/80.

<sup>46</sup> Véase por ejemplo TUSELL, J., GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G.: Franco y Mussolini. La política española durante la segunda guerra mundial, Barcelona, Planeta, 1985.

El juego al alza ha sido demasiado descarnado y cruel para que el Mundo – incluimos, claro es, a todos los Ejércitos que hacen la guerra con honor y dignidad – no sepa a qué carta quedarse. Ha sucedido igual, exactamente igual, que en la pasada guerra. [...] El error alemán ha estado en no valorar con arreglo al módulo consuetudinario la frase famosa de la proclama del mariscal Badoglio: «La guerra continúa de acuerdo con la palabra dada y fiel a nuestras tradiciones.» Con este concepto sobre el valor de los Tratados, ¿quién podría extrañarse de que, a raíz de Caporetto, el Monarca y el Alto Mando italiano fueran tachados en muchos centros aliados de germanofilia?<sup>47</sup>

El rey culpable de la guerra, traidor ya en el 1915 y al punto de serlo también en 1917, los italianos eternos desleales, sin honor ni dignidad... parece más un artículo publicado en la Alemania nazi que en un país supuestamente neutral.

Por otra parte, hay que subrayar también que el explícito odio de Herráiz hacia los responsables del armisticio italiano no se traduce en una inmediata e incondicional muestra de adhesión a la nueva República Social Italiana que estaba intentando mover sus primeros pasos precisamente en esos días. Para el corresponsal madrileño, el renacido fascismo republicano no es sino una pálida imitación del anterior, y se merece incluso algunas despiadadas ironías en los últimos artículos enviados a los diarios españoles. Así, el 13 de octubre en una crónica para *La Vanguardia* carga contra un fascismo “con flamante escarapela republicana” que, tal como hacen los monárquicos en el sur, se ha lanzado a “excesos acusatorios”,<sup>48</sup> para acabar con un despiadado retrato de la clase dirigente fascista (tanto la actual republicana como la anterior, culpable de no haber merecido la obra del Duce y de haberle traicionado en la sesión del Gran Consejo) publicado el día 17:

No ofrecen, en cambio, una idéntica lealtad consigo mismos los hombres que pueblan Roma. Las conveniencias personales y el oportunismo político imponen transformaciones morales y cambios de índole espiritual que desentonan en el ámbito inalterado e inalterable de la vieja ciudad de Tíber. [...] Sin embargo, una acusación ya se puede formular anticipadamente. Sobre la clase dirigente recae la primera responsabilidad de la crisis interna que arrastraba el Partido y que fue la causa de su muerte ingloriosa el 25 de julio. No obstante el inagotable patriotismo retórico de que daba prueba.<sup>49</sup>

Con estas amargas consideraciones – que no pueden ocultar todo el desencanto y toda la desilusión del más polémico y brillante de los corresponsales franquistas – se acaba la etapa de Herráiz como corresponsal en Roma. Una etapa clave, como hemos visto, para entender la evolución del juicio no sólo del cronista sino de todo el ambiente falangista respecto a los

---

<sup>47</sup> CRESPO, C.: «A la luz de los precedentes», en LVE, 16-10-1943, p.5.

<sup>48</sup> CRESPO, C.: «“Pre-traición, traición y post-traición”», en LVE, 13-10-1943, p.8.

<sup>49</sup> HERRÁIZ, I.: «La lealtad de Roma consigo misma», en Arriba, 17-10-1943, p.3. En el artículo, entre otras, ha sido tachada por la censura una frase sobre el “tremendo y abrumador” pliego de cargas “que la Historia formulará contra estos traidores” (en referencia a los jefes que votaron contra Mussolini en el Gran Consejo). Véase Arriba, Galerada n. 9, 17-10-1943, en AGA, (03) 049.001 21/80.

dramáticos acontecimientos de 1943: la amargura, la rabia, la decepción y la nostalgia por el régimen caído han sustituido, en poco menos de un año, las entusiásticas celebraciones de la gloria mussoliniana, acompañándose a un verdadero alud de reproches y de acusaciones. En esta situación, no puede sorprender que el semanario del régimen *El Español* publique, a finales de 1943 y como balance del año, un retrato de Italia obra precisamente de Herráiz en el que el periodista no amaga ni por un momento toda la decepción que le ha causado la catástrofe italiana y que representa la mejor síntesis del pensamiento del antiguo corresponsal:

Quienes hemos mirado siempre con amorosa voluntad y – conviene también hacer esta confesión humilde – con engañoso prisma una muchedumbre histórica que agitaba audazmente el mito renacido de Roma, nos hemos quedado bruscamente sumidos en una desolación sin confines, con las manos vacías, con la mirada lejana sobre un paisaje cóncavo que refleja nada más que un mundo de marionetas, un mundo contorsionado y desagradable de traiciones, de bochornos y de mequetrefes. [...] Ya sólo me queda esta última reacción sentimental y dramática: la pena. [...] En la frontera del año desastroso de 1943 y del oscuro presagio de 1944 pocas justificaciones nos ofrece el horizonte italiano para la esperanza. Yo, sin embargo, quiero bucear en el fangoso mar de mis recuerdos y emerger siquiera con una brizna de optimismo frente al porvenir. Dónde puede aparecer este brote maravilloso, no hay zahorí que lo presienta. Hago desfilar en la memoria la cohorte infinita de traidores, de Iscariotes sin nombre y sin ejemplo, de pávidos estrategas y el mundo externo de la conspiración y de la envidia. Nada, absolutamente nada.<sup>50</sup>

El artículo, tal como será luego su exitoso *Italia fuera de combate*, es una suma de feroces y despiadadas críticas a los jefes que traicionaron el fascismo, a la monarquía, a Badoglio, a los mandos militares, a la multitud que se produce en manifestaciones (paragonadas a las del 14 de abril en España), a los oportunistas que se hacen pasar por antifascistas. Se salvan, únicamente, las figuras del antiguo secretario del PNF Scorza (posiblemente Herráiz ignoraba que el mismo Scorza, “hombre de los pies a la cabeza” en definición del periodista, después de la detención de Mussolini se apresuró a esconderse) y la del Duce mismo (“quien estuvo en el amor y en el reconocimiento de los españoles allí permanece”).

La posterior publicación de *Italia fuera de combate*, que llegó a las dieciocho ediciones en el noviembre de 1944, se alimentó entonces básicamente de las experiencias vividas y de los juicios que Herráiz ya había formulado en su anterior etapa como corresponsal: en el libro, el autor pudo así desahogar más libremente toda su amarga decepción y su frustración por el desastre del fascismo, sin tener que cuidar de la censura romana. Se explican así los largos capítulos sobre la corrupción y la debilidad del carácter italiano, las persistentes ironías sobre los protagonistas de la crisis y los durísimos reproches a una clase dirigente incapaz de transformar a su propio pueblo; una vez más, parece salvarse del general desastre únicamente

---

<sup>50</sup> HERRÁIZ, I.: «Italia o la nación partida», en *El Español*, n.62 (1-1-1944), p.14.

el Duce, para quien Herráiz tendrá palabras de elogio también en su siguiente libro (*Europa a oscuras*, que no tendrá el éxito del volumen anterior): “la Historia habrá de rescatar un día el nombre de Benito Mussolini y presentarlo ejemplarmente a la posteridad y a la gloria”.<sup>51</sup>

Sin embargo, y a pesar las citadas y extraordinarias tiradas, *Italia fuera de combate* resultó ser, para algunos ambientes españoles, un libro bajo algunos aspectos muy molesto, y no hablamos solamente de su evidente incomodidad para el nuevo curso de la política exterior franquista, en búsqueda de un reposicionamiento internacional muy complicado. Nos referimos, más bien, a las críticas vertidas por algunos falangistas más radicales que reprocharon a Herráiz su ironía sobre el fracaso del fascismo: unas ironías que encontraron su máxima expresión en una áspera reseña del libro publicada, en el agosto de 1944, en *Solidaridad Nacional* (uno de los diarios que más se resistieron al “giro” diplomático impulsado desde Madrid) por la “camisa vieja” Gumersindo Montes Agudo:

Confieso que comencé a leer el libro de Herráiz esperando encontrar en él la voz falangista del corresponsal de “Arriba” y nunca la de un periodista conocedor del oficio, sí, pero que bien pudiera ser confundido con el enviado de un diario suizo, e incluso, en ocasiones, con un reportero yanqui. [...]

Según él, todos los miembros del Partido Fascista se arrancaron las insignias. Yo puedo asegurar a Ismael Herráiz que una parte – quizá una minoría, pero recordar que también pedía José Antonio para nuestra empresa revolucionaria una minoría inasequible al desaliento – conservó los emblemas sin arrojarlos al suelo y hoy demuestran no solamente la vitalidad de un pueblo que se resiste a morir, sino también su confianza ciega en el Duce y en el Fascismo. [...] Claro que los hombres que hoy se agrupan fervorosamente junto a Mussolini no tienen nada que ver con esos contertulios de Vía Veneto que con sus murmuraciones documentan gran parte del libro. No es de extrañar que el autor ignore la lucha emprendida de nuevo por Mussolini con el ardor de sus años mejores y rodeado de hombres que no arrojaron al suelo las insignias del Partido, porque, según él confiesa en su libro, escucha ahora algunas veces Radio Bari. Eso explica muchas cosas.<sup>52</sup>

En resumen, un Herráiz acusado de ser poco menos de un traidor por sus despiadados juicios sobre el fascismo (que, como subraya Montes Agudo, ayudó a los mismos falangistas en la guerra civil), cuyas ironías sobre el régimen mussoliniano – y sobre las debilidades humanas de su fundador – son ásperamente reprobadas, que se rodeaba de personajes dudosos y que – incluso – no reconoce la grandeza del tentativo republicano sino que se limita a escuchar la monárquica y detestada Radio Bari.

La trayectoria periodística italiana de Herráiz, cuyas filias han chocado tan brutalmente con la catastrófica realidad de 1943, constituye entonces un instrumento de extraordinario valor para enjuiciar tanto la profundidad del cambio político que se gestó en España a raíz de los

---

<sup>51</sup> HERRÁIZ, I.: «Europa a oscuras», Madrid, Atlas, 1945, p.8.

<sup>52</sup> MONTES AGUDO, G.: «De camarada a camarada. Sobre el libro “Italia fuera de combate” de Ismael Herráiz», en SN, 17-8-1944, p.3.

acontecimientos italianos, como – al mismo tiempo – la persistencia en el Estado franquista de indudables y evidentes resistencias de matriz falangista al citado cambio. Un instrumento, además, que no puede sino confirmar la validez del uso de la prensa como fundamental fuente de estudio del complejo fenómeno político franquista.

## Bibliografía selecta

- ALTABELLA, J.: *Corresponsales de guerra. Su historia y su actuación*, Madrid, Editorial Febo, 1945
- ARAÑÓ, L., VILANOVA, F., *Un mundo en guerra. Crónicas españolas de la segunda guerra mundial*, Barcelona, Destino, 2008
- CAROTENUTO, G., *Franco e Mussolini. La guerra mondiale vista dal Mediterraneo: i diversi destini di due dittatori*, Milano, Sperling & Kupfer, 2005
- CASALI, L., *Sobreviure. La dictadura franquista l'any 1943*, Barcelona, Fundació Carles Pi i Sunyer d'Estudis Autònoms i Locals, 2007
- DE GIORGI, G., *La stampa del regime franchista e i «quarantacinque giorni»*, en *Spagna Contemporanea*, nº 24 (2003), pp. 25-43
- DE DIEGO GONZÁLEZ, A., *Ismael Herráiz, cronista del fin del fascismo*, en *Aportes*, n. 63 (2007), pp. 45-57
- GARRIGA, R., *La España de Franco – I – Las relaciones secretas con Hitler*, Madrid, G. del Toro, 1976
- HERRÁIZ, I., *Italia fuera de combate*, Madrid, Atlas 1944
- HERRÁIZ, I., *Europa a oscuras*, Madrid: Atlas 1945
- LÓPEZ DE ZUAZO ALGAR, A., *Catálogo de periodistas españoles del siglo XX*, Madrid, 1981
- ORLANDIS, J., *Memorias de Roma en guerra (1942-1945)*, Madrid, Rialp 1992
- SEVILLANO CALERO, F., *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva 2000
- SINOVA, J., *La censura de prensa durante el franquismo*, Madrid: Espasa-Calpe 1989
- TUSELL, J., GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G.: *Franco y Mussolini. La política española durante la segunda guerra mundial*, Barcelona, Planeta, 1985